

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.
A donde se dirigirán TODOS los en-
cargos y correspondencia.

UNA COLOCACION

I

—¡Hola, Pedro! ¿Cómo tú por aquí?

—Mire usted, don Elías, en el pueblo no se puede vivir; yo vengo a ver si me puede usted colocar aquí en la ciudad, en alguna cosa.

—Hombre, la verdad, que no sé en qué colocarte. Yo, como tú sabes, no tengo fábricas ni industria alguna; no obstante, iré contigo a la Bolsa del trabajo y allí nos dirán si hay algo para tí.

II

—Sí, don Elías; tenemos varias ofertas y las verá usted por si alguna de estas colocaciones le satisfacen a su recomendado.

Ofrecen colocación.—Se necesita: Un contable; un cobrador; un administrador; un maquinista; un tornero; un sofer; un taquígrafo; un mozo de mulas; un cachicán...

—Usted dirá qué es lo que usted podría desempeñar de estas colocaciones.

—Yo, lo que ustedes digan.

—Usted ¿qué oficio tiene?

—Yo soy labrador, pero quería colocarme en cualquier cosa: de encargado, de cobrador, para tener cuidado de alguna máquina...

—Bien; esta plaza de cobrador es excelente. ¿Conoce usted las calles de la población? ¿Conoce usted la moneda?

—Un poco; no tengo práctica, pero ya aprendería.

—Es una plaza esta de cobrador que está muy bien retribuida; es de mucho trabajo; se recibe mucho dinero y se necesita una persona muy práctica, y usted no tiene práctica y me temo que fracase. ¿No le convendría esta plaza de cachicán o de mozo de mulas?

—No, señor; eso está muy malo, y yo quería quedarme en la ciudad.

—Vuelva usted por aquí otro día, o venga todos los días a ver si podemos servirle.

III

—¡Caramba, don Elías! ¿Usted por aquí?

—Si, hombre, si Vengo a ver qué me dice usted de mi recomendado, Pedro; el hombre está impaciente; él cree que no hay más que llegar y besar el santo.

—Como ese hay muchos, don Elías. Hombres que en su oficio y en su pueblo podrían vivir bien desahogados, abandonan el terruño por venirse a la población urbana a colocarse en *cualquier cosa*, como si aquí no se trabajara y creyendo que todo el que trabaja es cualquier cosa.

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

Si he de decir a usted la verdad, en todas estas colocaciones, como en todos los órdenes de la vida, hacen falta personas especializadas; hombres que dominen su oficio y cumplan escrupulosamente su cometido.

—Luego, ¿es inútil que Pedro venga por aquí?

—No, señor; conviene que venga; podría ocurrir que en la labranza saliera una buena colocación para él.

Háblele usted y procure quitarle de la cabeza esa teoría que se trae de ser *cobrador* cuando no conoce la moneda; lo de ser *encargado*, ¿de qué?, y lo de tener cuidado de alguna máquina (?)

Crea usted, don Elías, que es un problema el colocar a estos hombres; son muchos los que así vienen, y de ninguno se puede sacar partido.

IV

Mira, Pedro: has gastado el dinero que trajiste y no vemos el medio de poderte colocar; vuelve a tu pueblo, arrienda una buena tierra, trabájala como si fuera tuya, y espero que serás feliz.

—Yo, don Elías, ya no puedo hacer eso; vendí todo lo que tenía y juré no volver a roturar la tierra por ingrata.

—¡No delires, no delires! Nada hay más agradecido que la tierra; si no se la trabaja, si no se la cuida no da fruto; pero si la atiendes, si la das lo que necesita, sabe multiplicar y centuplicar lo que en ella depositas.

Vete al pueblo; yo saldré fiador del terreno que arriendes y del ganado que necesites; y si allí está establecido el Sindicato Católico Agrario, él puede facilitarte la tierra y el ganado, aperos y simiente.

V

Pasaron algunos años, y don Elías fué llamado por Pedro, con mucha urgencia. Creyendo que algo grave le ocurría, allá se fué.

A la entrada del pueblo esperaba Pedro a su buen amigo; y así que del coche descendió, se abrazó a don Elías, como si fuera el autor de sus días.

—Pero, ¿qué pasa hombre? ¿te has vuelto loco?

—No, señor; no. He querido que usted viniese para que vea los frutos de sus buenos consejos, ayudados con mi laboriosidad y constancia en el trabajo. Como usted me indicó, ingresé en el Sindicato Católico Agrario, el cual me facilitó lo que yo necesitaba...

Parece que el cielo bendijo mi trabajo. A los seis años terminaba de pagar el prés-

tamo recibido de la Caja Rural, y hoy soy dueño absoluto de dos tierras, de una pareja de bueyes y de algunas máquinas agrícolas. ¡Dios le pague a usted sus buenos consejos, don Elías!

Ahora reconozco que en la ciudad era un sueño lo que yo pretendía; pero he de confesar a usted mi verdad; yo quería ser *señorito*, vivir bien sin trabajar nada, y he podido comprobar que la vida del bracero del campo, en las poblaciones es una vida imposible; rodando constantemente de un lado para otro; viviendo en habitaciones insalubres; comiendo y bebiendo pocimas.

Ahora soy feliz, gracias a Dios don Elías; y ahora veo lo que usted me dijo: que trabajando con cariño la tierra, dándole lo que necesita, poniendo en ella toda nuestra voluntad, no es ingrata es agradecida; y la mejor prueba de ello soy yo; yo que juré un día no volver a roturar la tierra, hoy bendigo a Dios y a usted, por tanto favor recibido.

—Bien, Pedro, bien; la experiencia ha enseñado que abandonando la población rural para irse a la urbana, trae funestos resultados; la vida de la ciudad no es envidiable, por muchas razones que tu ya conoces.

Y ahora, dime: ¿por qué la urgencia en que yo viniera al pueblo?

—Es verdad; con una alegría se me olvidaba la otra; me caso el sábado próximo, y deseo que usted sea el padrino de la boda.

VI

Y mientras el día del enlace llegaba, pudo don Elías apreciar lo que puede una buena voluntad cuando se inclina al bien, observando los progresos obtenidos por su futuro ahijado.

RAMÓN G. LAGUÍA.

Almas de temple

Sacrificarse por la religión, es la señal más evidente de un alma cristiana; porque da a entender que está dispuesta a cualquier sacrificio antes que faltar a su conciencia. Veinte millones de mártires, en los primeros siglos, que se dejaron matar por no negar a Jesucristo, confirma lo que decimos. Pero no faltan ejemplos de esta clase en nuestros tiempos. Cuando el impío y masónico gobierno de Francia confiscó los bienes del clero, y arrojó de sus palacios a los Obispos, de los Seminarios a los futuros sacerdotes y de sus conventos a indefensos religiosos; (crimen espantoso que ha de espantar la Francia impía) se le ordenó al

capitán Magnier que forzase con sus soldados las puertas de la Iglesia de Saint-Jont-Cappel. El se negó rotundamente a ejecutar aquella orden inicua:

Acusado de desobediencia se le hace presentar ante el tribunal militar de Sillí.

Dícele el presidente del Consejo de Guerra Peniller «La obediencia es el primer deber del soldado; sin ella no hay disciplina». Contesta el valeroso capitán Magnier:

«Para mí, el primer deber es el que me dicta la conciencia; si se me da la orden de matar a mi madre; jamás obedecería».—Habla el intendente del gobierno Roulay, y dice: «que el capitán Magnier tiene una hoja de servicios admirable y que su conducta en veinte años que lleva de uniforme, es modelo de obediencia, de valor y de todas las virtudes militares.» — El comandante Saignau exclama: «Declaro que ha sido siempre un oficial modelo». Apesar de estos testimonios se le condena a ser expulsado del ejército, con la agravante de no poder llevar el uniforme, ni los honores que le correspondían, ni a percibir ni un céntimo por los servicios prestados; siquiera para poder mantener a su cristiana madre a quien mantenía con su sueldo.

Al oír la sentencia dijo con la frente erguida: «Soy cristiano de corazón, prefiero ser fusilado antes que ser sacrilego; esto sería renegar de mi bautismo y de mi fé; yo no puedo ser perjurio y nadie tiene derecho a obligarme a serlo.»

Este gesto heroico del bravo capitán, que puede ser un buen ejemplo para los que venden la conciencia por un billete de banco, entusiasmó a los católicos; y el Comité Católico de Pas-de-Calais abrió una suscripción para regalar una espada de honor, al heroico capitán.

Buena falta nos hacen estos ejemplos en estos tiempos en que se trafica con la conciencia y se vende a Cristo por menos dinero que el que recibió Judas.

¿Sabéis quién soy?

Yo soy la ruina de los grandes propietarios; yo soy el tormento de las clases medias, de los burgueses, de los campesinos acomodados; yo soy el naufragio de los pobres; yo soy la gran tentación de las mujeres jóvenes; yo soy el padre de la lujuria; yo soy la ruina de los hogares; yo soy la pesadilla de los maridos; yo soy la muerte de los más sólidos capitales; yo soy el instrumento de la corrupción; yo soy la llave de la puerta de muchos corazones femeninos; yo soy el precio de compra de muchas inocencias; yo soy el enemigo de la paz de los hogares; yo soy el demonio que atrae los grandes castigos del cielo; yo soy la causa del Diluvio; de la pérdida de Dina, de la ruina de Babilonia, Nínive, Roma, Grecia y Cartago; yo soy el demonio que fragua los malos deseos; yo sembró la desesperación en el corazón de los pobres; yo soy el padre de los adulterios; yo traigo la concupiscencia de la carne; yo cierro el corazón para que no dé entrada a los pensamientos generosos; yo soy la sed que no se sacia, el fuego que no se extingue, la tentación que no se aleja; yo soy el padre de una hija que

domina en todo el mundo, la MODA; yo soy padre del escándalo; yo soy la semilla de los malos pensamientos.

Yo absorbo todo el tiempo de millares de mujeres.

Yo tengo adoradores en todos los climas.

Yo me paseo triunfante por las plazas, los salones, y voy a presentarme descaradamente hasta en la misma casa de oración, para abrir la puerta a todos los demonios, mis compañeros.

Yo llevo las almas al infierno, no de una en una, sino por millares.

Yo soy un demonio que me disfrazo tan bien, que ni siquiera se piensa en ahuyentarme con el agua bendita.

¿Cómo no me conocéis?

Yo soy EL LUJO.

OBRAS SON AMORES....

CUENTO INFANTIL

En la escuela de un lugar se presentó un día el párroco con objeto de explicar la doctrina a los muchachos; verdad es que los había perfectamente enterados del Ripalda, del Astete, del Fleury y hasta del Mazo; pero como el señor cura conocía de antemano los defectos y virtudes de los tales escolapios, llamó dos a su presencia y, después de preguntarlos, dió el mejor premio al que menos hubo en doctrina avanzado.

Esto originó protesta del otro perjudicado, quien dijo:—Yo el catecismo me lo se de cabo a cabo; pregunte de donde quiera y ese mequetrefe en cambio tan sólo sabe «las obras», que a lo demás no ha llegado.

—Muy bien,—dijo el señor cura—hablas como un abogado: en teoría estás muy fuerte, pero... ¿qué llevas debajo de la blusa, en la cintura? Una honda, si no me engaño; con ella, ayer por la tarde en la era del señor Paco descalabraste a Joaquín, heriste a don Valeriano, rompiste varios cristales e hiciste diversos daños... ¿Qué beneficios reporta que sepas de cabo a cabo el catecismo, cual dices, que es la pauta del cristiano, si tú, a pesar de saberlo, ejercitas lo contrario? En cambio, tu compañero que a la verdad no es un sabio, sabe y practica las obras de Misericordia, tanto que, sin que él lo conociera tiempo ha le vengo observando, viendo en él acciones nobles; socorriendo al desgraciado, entregando su merienda al pobre necesitado, enseñando a persignarse

a dos niños de tres años y dando sanos consejos a granujas mal hablados... El sabrá poca Doctrina; pero la va practicando, y Dios que lo ve, le premia; y yo en su nombre le aplaudo...

Tú, cierto, sabes más que él, pero haces mofa y escarnio de lo que sobre la tierra existe más venerado; por eso, tú te condenas, porque practicas lo malo con pleno conocimiento, por tu instinto depravado. En talento y en riqueza se aprecia, niños amados, no la mayor cantidad, sino el modo de emplearlos; que para el premio alcanzar que anhelamos poseer no es suficiente el «saber» es preciso «practicar».

Antonio Pichilo.

CHARLA

—Chico, me alegro verte; te convidó al cine, echan hoy una película despampanante, brutal.)

—Conque brutal eh? Pues mira, no me dá a mi por las brutalidades.

—Es el modo de decir de ahora, pero ya comprenderás que con ello quiero darte a entender que la película que anuncian en unos cartelones bru... bueno, despampanantes, ha llamado la atención en todos los países del globo.

—Y seguramente fuera del globo también. Puestas las empresas a bombear el «artículo», agotan el repertorio. Es cuestión de competencia y de pesetas.

—La cuestión es pasar el tiempo. —Cuidando mucho de cómo se pasa, por que si ha de ser en cosas poco lícitas, entonces conviene cambiar de rumbo.

—Bueno, dejate de discursos ¿vienes al cine o nó?

—No voy al cine y ya sabes que me gusta, pero esa película que me ofreces no es recomendable.

—¿En qué sentido?

—En el sentido moral, en el sentido educativo.

—No se... no me paro en pelillos. Yo no soy nada escrupuloso.

—Conviene serlo en lo que de suyo es importante.

—Pues mira tanto pierdes; después del cine iríamos al café y luego a ver esas bailarinas tan simpáticas y esas cupletistas del cabaret y allí jugaríamos un poco...

—¿Y luego?

—Luego, cansaditos de correrla... pues a dormir.

—Hoy es domingo. A qué hora te levantaste, Antonio?

—Espera... no me acuerdo... Ah, sí, a la una.

—¿Y la misa de precepto?

—¡La misa!... Tú estas chiflado. Nunca voy ¿no lo sabes?

—No te obliga ¿verdad?

—Claro que no.

—Exactamente igual que a mi perrito. ¡Qué tontos somos los que cumplimos los Mandamientos de la ley de Dios, eh, Antonio?

LO QUE VA DEL DAR AL TOMAR

Lo que vamos a referir parece cuento, pero es historia. Sucedió hace algunos años en un pequeño pueblo de Andalucía.

Había ocurrido por aquel país una de esas insurrecciones políticas y sociales que tanto seducen a los ignorantes y a los pobres. No se trataba de cambio de Ministerio; lo que se proclamaba era la *regeneración social*. Bajo esta bandera, que cada cual entiende a su modo, había todo: delirios y crímenes. Una de las ideas que atraía incautos prosélitos, era el reparto de los bienes de los ricos. Al grito de ¡viva la libertad! se atacaba con la mayor tiranía la primera de las libertades, que es la de que cada uno disfrute tranquilamente de lo que es suyo. En aquel pequeño pueblo, que fué antiguo feudo de un título de Castilla, quedaba a éste una dehesa de buena tierra, que era objeto codiciado para los labradores pobres y para los jornaleros que querían ser propietarios, a pesar de que el marqués hacía cuantos beneficios podía, concediendo el extraer leña y apacentar ganados.

Los aldeanos, al oír las noticias de la insurrección y la bandera seductora que levantaba, inspirados por alguno que nada tenía de labrador, ni de pobre, ni siquiera de vecino de la población, se amotinaron un domingo temprano y entraron tumultuosamente en la Casa del Ayuntamiento, pidiendo que se repartiera la dehesa del marqués. El alcalde recibió con calma aquella multitud y dijo a los gritadores que se accedía a sus deseos y que iba a verificarse la repartición de la dehesa del marqués en pequeñas porciones, para lo cual se reuniría el vecindario en la plaza al salir de Misa mayor.

Grandes aplausos acogieron esa promesa; todo se convirtió en ¡vivas! al buen alcalde, y se difundió por toda la población la gran noticia de que iba a distribuirse entre los pobres la codiciada tierra, como si no tuviera dueño.

La gente salió presurosa de Misa mayor. Tal vez hubo en la iglesia alguna alma cándida que diera gracias a Dios por el gran suceso que iba a verificarse, y pedir por la felicidad de aquel sabio y magnífico alcalde que así atendía a las necesidades del pueblo.

Reunido éste en la plaza, se puso la mesa a la puerta de la iglesia, y junto a ella se sentó gravemente el alcalde, teniendo a su lado al secretario con papel y pluma en mano. La autoridad impuso silencio y anunció que iba a empezar el acto.

—Secretario—dijo—trae la lista de los labradores pobres, y ve llamando a cada uno por su orden.

El secretario, que no era tonto, creyó que el alcalde había perdido la cabeza o quería burlarse de sus convecinos; pero obedeció, y tomando el padrón del pueblo gritó:

—¡Domingo Pérez!

Salió éste presuroso de entre la multitud, que formaba apiñado círculo al-

rededor de la mesa, y el alcalde le preguntó cuánta tierra quería.

—Señor—contestó entre confuso y alegre,—yo no quiero ser codicioso; es menester que haya para todos.

Tengo dos caballerías de labor, y por consiguiente, me contento con cuatro fanegas, que es lo que podré cultivar con ellas este año.

—Apunta, secretario: cuatro fanegas para Domingo Pérez.

—¡Viva el alcalde! ¡Viva!...—gritó la gente alborozada, viendo que la cosa iba de veras.

—¡Vicente Encinas!—exclamó el secretario.

Y Vicente Encinas acudió presuroso y sombrero en mano ante la mesa. Repetida igual pregunta, y habiendo dicho que sólo tenía una caballería para trabajar la tierra, pidió dos fanegas, que al momento le fueron anotadas y concedidas.

—¡José Suárez!—gritó el secretario.

Se presentó el Suárez y se le hizo la propia pregunta.

—Yo—respondió—no tengo caballería ninguna; por consiguiente, como he de trabajar la tierra con mis brazos, tómame tan sólo una fanega.

—¡Que no tienes caballería!—le dijo el alcalde.

Eso no puede ser; eso es una injusticia. A ver, Domingo, ven acá. ¿No has dicho que tienes dos caballerías?

—Si señor.

—Pues bien, dale enseguida una a José.

—¿Y por qué razón, si es mía? Me ha costado mi dinero y mi trabajo y el de mi padre el ganarlo. Si José no tiene caballería, eso no es cuenta ni culpa que yo he de pagar.

—Pero escucha hombre ignorante—replicó el alcalde—¡si estamos repartiendo los bienes de los que poseen entre los que no poseen! El marqués tiene una dehesa de gran cantidad de fanegas de tierras y la repartimos entre los que carecen de ellas.

Por la misma razón, con el mismo fin y con igual derecho, tú, que tienes dos caballerías es menester que le des una a José, que no tiene ninguna: así se cumple esa ley moderna y salvadora de la *igualdad*.

—¡Que el demonio cargue con ella y con los que la invocan!—replicó Domingo.—Las caballerías son mias; el quitármelas es un atentado, y antes que consentir en ese despojo, defenderé mi propiedad a garrotazos.

Entonces el bueno del alcalde, cambiando de tono y elevando la voz, dijo a todos los concurrentes:

—Llamáis a esto atentado y despojo, porque os quitan lo que es vuestro. Pues eso mismo exactamente es lo que queríais que hiciésemos con la dehesa del marqués que es tan suya como vuestra la ropa que lleváis puesta. Lo que Domingo alega, y con justa razón, para defender sus caballerías, lo alegaría el marqués si supiera que nos estamos repartiendo sus tierras. Si la idea del reparto es buena, no ha de alcanzar sólo a los marqueses, sino a todos los que poseen algo: el que tenga cuatro cabras

—Hay que reconocerlo.

—Si con la preparación que llevas te coge la muerte como acaba de cogerle al pobre amigo Antolín, menudo chasco te llevas.

—Pero... ¡cómo!... Antolín ¿ha muerto?...

—Anoche y le llevan esta tarde ¿no sabías nada?

—No... ¡Cuánto siento a Antolín! Tenemos corrido unas juergas! Era muy célebre.

—Me dijeron que se acostó sano y que por la mañana le encontraron muerto. ¡Pobre Antolín, si no tuvo algunos momentos para arrepentirse de su vida pasada.

—Tú siempre vas a parar a lo mismo.

—Pero si para eso estamos en esta vida, so... inocente.

—Muerto el perro se acabó la rabia.

—Para el perro sí, se acabó todo, para el hombre no, que en mucho se distinguen los racionales de los irracionales, y de esto es de lo que hay que cuidar.

—Oye, tú debes de pasar la vida muy triste pensando en esas cosas de ultra tumba.

—No lo creas, no la paso triste, al contrario cuanto mejor se cumplen los deberes de católico más satisfecho se encuentra uno y si no, fíjate en esa paz, en esa tranquilidad y alegría que disfrutan los rezadores, como tú los llamas, y compara con esa rabia y desesperación blasfema que tienen casi siempre los que se olvidan de Dios.

—Yo no me ocupo mucho de El y estoy siempre tan contento.

—No es verdad; las contrariedades te ponen furioso; no sabes o no quieres sufrirlas, en tanto que yo las tomo como prueba de lo Alto y como prueba, procuro vencerlas con dignidad de cristiano.

—Figúraseme que va a resultar corto lo que me dijeron de tí.

—Habla.

—Que tenías vocación de misionero.

—Ya lo ves, lo estoy ejercitando contigo, que me da mucha lástima de verte así indiferente en cuestiones tan importantes.

—¿Y deseas convertirme?

—Claro que sí. ¿Es esto desearte mal? Dime; que tú seas malo o bueno, yo, personalmente, ¿voy ganando o perdiendo algo en ello?

—Creo que no.

—Y sin embargo, por tú bien, por que Dios nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos es por lo que yo te quisiera buen cristiano y que te salvaras.

—Y retirarme de todas las diversiones...

—Nada de eso, podías igual seguir divirtiéndote, sólo que no en esas diversiones que acostumbra, sino en tantas otras como existen y de mejor disfrute y consecuencias. Las tuyas de hoy, al fin y al cabo traen disgustos, enfermedades y luego, quizás la pérdida del alma para siempre, si te viene una de esas repentinas que no te dan tiempo ni a decir «Señor, qué misericordia.»

—Nada, nada, lo dicho, tu tienes vocación de misionero.

—Y tú por hoy de pecador empedernido ¡Pobre Antonio! Te compadezco. Algún día me darás la razón. Que sea a tiempo.

—Amén, chico, como en las oraciones.

se contentará con una y las otras tres se le quitarán para el reparto general: el que tenga dos camisas, entregará una, y hasta el que haya ahorrado algunos reales o algunos pesos duros a costa de muchos años de trabajo y economía, en rigor tendrá que llevarlos al fondo común para que se distribuyan entre todos, aunque quizás le toquen a quien no haya querido trabajar o no haya sabido ahorrar. Ahí tenéis la gran ley de la *igualdad*. ¿La queréis?

—¡No, no!—gritaron muchos de los concurrentes.

—Me alegro—contestó el alcalde—. Pues se acabó el reparto: quede el marqués con su dehesa y vosotros con lo que poseéis. Y tened entendido que el *dar* lo propio es hacer caridad, pero el *tomar* lo ajeno, es otra cosa, que tiene un nombre muy feo, que no quisiera se pudiese aplicar a ninguno de mis queridos convecinos.

La reunión se disolvió en silencio. Todos estaban hartos convencidos, aunque nadie quería ser el primero en confesarlo. Desde entonces en aquel pueblo no se ha vuelto a hablar del reparto de bienes.—X.

No basta ser honrado

Viajaba en cierta ocasión con varios caballeros y se sostenía animadísima conversación, que al fin recayó sobre materias religiosas.

Yo permanecía en silencio, y fijándose en mi hábito uno de aquellos caballeros me dice:

—Yo creo, Padre, que basta ser hombre honrado.

—Bastante es eso, contestéle.
—Sí, Padre; puede uno llevar vida irreprochable y no ir a misa.

—Soy de su opinión, y conozco en efecto a muchos que llevan una vida irreprochable y no van a misa.

—Veo con gusto, Padre, que no es usted retrógrado y está a la altura del siglo.

—Puedo citarle un hecho reciente que confirma lo que acaba de indicar.

—Refiéramelo usted, Padre, porque soy periodista y tendré sumo gusto en publicarlo.

—Pues oiga usted. En este pueblo que acabamos de pasar, me hospedé en una casa de buena posición, y en ella vivía un portero muy entrado en años. Me dijeron que nunca iba a la iglesia, que no sabía rezar, y que ni siquiera saludaba a los sacerdotes.

—Indudablemente era masón, o por lo menos miembro de alguna sociedad de librepensadores.

—Lo ignoro, porque no se lo pregunté; lo único que puedo decirle a usted es que llevaba una vida irreprochable.

Vea usted Padre, cómo lo que está diciendo confirma lo que yo decía al principio.

—Como era fiel y adicto, le guardaban en la casa muchas consideraciones.

—Se las merecía, Padre, se las merecía. Y eso que no era clerical.

—¿Clerical? Nunca dió indicios de religión.

—Entonces fué un librepensador convencido.

—Sí, de pura convicción. El portero cayó enfermo, y sus amos, viendo que se moría, lo sintieron mucho.

—Estoy seguro que llamaron al señor Cura.

—No, por cierto; porque como el enfermo vivió sin religión supusieron que quería morir sin sacerdote.

—Tuvieron razón de sobra, y quisiera conocerlos personalmente para ofrecerlos a la admiración de los lectores de mi periódico.

—Continúe usted, Padre, porque el caso me interesa mucho.

—A los pocos días murió. No pudiendo enterrarlo religiosamente, se le dispuso entierro civil.

—Perfectamente.

—Sí; el Cura no pudo negarse a enterrarlo, pues se hizo sin su consentimiento.

—Es como debiera hacerse siempre.

—Llegada la hora del entierro, fué conducido a la sepultura sin cruz y sin sacerdote, y cuando lo hubieron enterrado...

—¿El amo hizo un discurso?

—Sí, señor, su mismo amo.

—¿Recuerda usted Padre, el discurso?

—Sí, lo recuerdo, palabra por palabra.

Recítelo usted Padre, que voy a tomar nota para publicarlo.

—El discurso fué breve, puesto que el amo se limitó a pronunciar con acento de profunda convicción estas palabras:

«¡Pobre Muza! Verdad es que estaba muy regañón en sus últimos años, pero fué toda su vida un perro fiel.»

Los viajeros, que oían con mucho interés la conversación, soltaron la carcajada, y el periodista librepensador, mohino y malhumorado, buscó otro coche.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. E. M.—El Royo (Soria).—Pagó fin Mayo 1924.

Vienda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal.—Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios

San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 ::

GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.

— — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 148 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

ACEBAL, RATO Y OOMP.

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca

Pídase en las tiendas de comestibles

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 195 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312.

OBRAS TEATRALES

A PROPOSITO PARA SOCIEDADES OBRERAS Y RECREATIVAS:

El Anarquista (2.^a edición).—Drama en dos actos, verso y prosa..... 1 peseta.

La Jauja Socialista. Juguete en un acto y tres cuadros..... 1 »

(La música de esta obra)..... 3 »

Mitin Socialista..... 1 »

El Señorito. Juguete cómico en un acto..... 1 »

El Requeté. Comedia en tres jornadas..... 1 »

Colecciones de RELIGIÓN Y PATRIA, años 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 a 5 pesetas cada una.

Envíos certificados 0,40 de peseta más. Los pedidos con su importe a esta Administración.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORREDA, 63.

GIJÓN

Tip. «La Reconquista :: Gijón.